



Desplazamientos

Claudio Magris

1.- Los prólogos son siempre sospechosos; inútiles si el libro al que sirven de introducción no lo requiere o indicios de sus carencias si lo necesita; también corren el riesgo de estropear la lectura, como la explicación de un chiste o la anticipación de su final. Pero quizá el prólogo se destina a una selección de páginas de viaje porque el viaje -en el mundo y en el papel- es de por sí un continuo preámbulo, un preludio a algo que siempre está por venir y todavía está tras la esquina; partir, detenerse, volver atrás, hacer y deshacer las maletas, anotar en el cuaderno el paisaje que, mientras se atraviesa, escapa, se disgrega y se recompone como una secuencia cinematográfica, con sus fundidos y reorganizaciones, o como un rostro que cambia con el tiempo.

El prólogo es una especie de maleta, un *nécessaire*. Y este último forma parte del viaje; en la partida, cuando se mete dentro de él las pocas cosas presumiblemente indispensables, olvidando siempre algo esencial; durante el camino, cuando se recoge lo que se quiere llevar a casa; en el regreso, cuando se abre el equipaje y ya no se encuentran las cosas que nos habían parecido más importantes, mientras aparecen objetos que no se recuerda haber metido dentro. Así ocurre con la escritura; algo que, mientras se viajaba y se vivía, parecía fundamental se ha desvanecido, en el papel ya no está, mientras toma cuerpo imperiosamente y se impone como algo esencial lo que en la vida -en el viaje de la vida- apenas sí habíamos notado.

El viaje siempre recomienza, siempre puede recomenzar, como la existencia, y cualquier anotación suya es un prólogo; si el recorrido en el mundo se transfiere a la escritura, éste se prolonga en el traslado de la realidad al papel -tomar apuntes, retocarlos, borrarlos parcialmente, rescribirlos, moverlos, cambiar su disposi-



ción. Montaje de las palabras y de las imágenes, captadas desde la ventanilla del tren o atravesando a pie un camino o doblando la esquina. Sólo con la muerte, recuerda Karl Rahner, gran teólogo del camino, cesa el *status viatoris* del hombre, su condición existencial de viajero. Viajar, pues, tiene que ver con la muerte, como bien sabían Baudelaire o Gadda; pero es también un postergar la muerte, aplazar lo más posible su llegada, el encuentro con lo esencial, como el prólogo posterga la auténtica lectura, el momento del balance definitivo y del juicio. Viajar, no para llegar, sino por viajar, para llegar lo más tarde posible, para posiblemente no llegar nunca.

2.- El viaje pues como persuasión. Quizás fue sobre todo en los viajes donde conocí la persuasión en el sentido dado a esta palabra por Carlo Michelstaedter; aquella vida autosuficiente, libre y colmada que Enrico, el personaje de mi novela *Otro mar*, persigue con auto-destructivo y vano tesón. La persuasión: el dominio presente de la propia vida, la capacidad de vivir el instante, cada instante y no sólo aquellos privilegiados y excepcionales, sin sacrificarlo al futuro, sin aniquilarlo en los proyectos y en los programas, sin considerarlo simplemente un momento que hay que dejar pasar pronto para alcanzar cualquier otra cosa. En la propia existencia casi siempre se tienen demasiadas razones para esperar que ésta pase lo más rápidamente posible, para que el presente se convierta lo más pronto posible en futuro, para que el mañana llegue cuanto antes, porque se espera con ansia el dictamen del médico, el comienzo de las vacaciones, la finalización de un libro, el resultado de una actividad o de una iniciativa; y así se vive, no para vivir, sino para haber vivido ya, para estar más cerca de la muerte, para morir.

El viaje apremiante y apremiado, impuesto cada vez más frenéticamente por el trabajo y por su necesaria espectacularización -especialmente a ese manager de sí mismo y del Espíritu que es el intelectual, énfasis y caricatura del manager industrial- es la negación de la persuasión, de la parada, del vagabundear; se parece más bien a esa eyaculación precoz que Joseph Roth, recogiendo en su novela *Los cien días* un cotilleo sobre la materia referido a Napoleón, atribuye al Emperador, el cual no quiere tanto hacer el amor cuanto haberlo hecho ya, despachado y liquidado. El viaje del conferenciante, entre un aeropuerto y otro, o entre un hotel y otro, no es diferente de ese orgasmo apremiante.

Pero cuando yo viajaba en los vastos países danubianos o en los periféricos microcosmos, dirigiéndome a una determinada dirección pero dispuesto a digresiones, paradas y desviaciones imprevistas, vivía persuadido, como frente al mar; vivía inmerso en el presente, en aquella suspensión del tiempo que se verifica cuando uno se abandona a su transcurrir leve y a lo que trae la vida -como una botella abierta bajo el agua y llena del fluir de las cosas, decía Goethe viajando por Italia-. En un viaje vivido de tal modo los lugares se convierten al mismo tiempo en etapas y moradas del camino de la vida, paradas fugaces y raíces que inducen a sentirse en el mundo como en la propia casa. Está el viaje más allá de las columnas de Hércules y aquél mínimo de Pickwick a los manantiales de Hampstead, o el de una habitación a otra de la propia casa, expedición no menos aventurera ni menos rica en encanto y riesgo. Los capitanes de largo recorrido del Fiume y Trieste que atravesaban los océanos llamaban burlonamente "capitán de barreño" a los que recorrían sólo pequeños trayectos entre Trieste e Istria o entre Fiume y las vecinas

islas del Quarnero, pero también en ese golfo el viento de la bora provoca tempestades en las que se puede naufragar.

En los capítulos de este libro se va a las antípodas pero también a los microcosmos de los Basiachi o a los nanocosmos de Ciceria, y el paso del viajero querría parecerse a la andadura de Lawrence Sterne. Viajar sintiéndose siempre y al mismo tiempo en lo ignoto y en casa, pero sabiendo que no se tiene, que no se posee una casa. Quien viaja siempre es un vagabundo, un extranjero, un huésped; duerme en habitaciones que, antes y después de él, albergan a desconocidos; no posee la almohada sobre la que reposa su cabeza ni el techo que le resguarda. Y así comprende que nunca se puede poseer realmente una casa, un espacio delimitado en el infinito del universo, sino sólo hospedarse, durante una noche o durante toda la vida, con respeto y agradecimiento. No en vano el viaje es sobre todo un retorno y nos enseña a habitar más libremente, más poéticamente, nuestra propia casa. Poéticamente habita el hombre en esta tierra, dice un verso de Hölderlin, pero sólo se sabe, como dice otro verso, que la salvación crece allí donde crece el peligro.

En el viaje, desconocidos entre gente desconocida, se aprende de forma intensa a ser Nadie, se comprende específicamente que se es Nadie. Precisamente esto permite, en un lugar amado convertido casi físicamente en una parte o en una prolongación de la propia persona, decir, recogiendo el eco de don Quijote: aquí yo soy quien soy.

3.- "¿Dónde os dirigís?" se pregunta *Enrico de Ofterdingen*, la gran novela de Novalis. "Siempre hacia casa", es la respuesta. El suyo es uno de los grandes libros en los cuales el viaje aparece como odisea, o bien

como metáfora del viaje a través de la vida. Cada odisea pone el interrogante sobre la posibilidad o no de atravesar el mundo haciendo de él experiencia real y formando así la propia personalidad; la pregunta de si Ulises –especialmente el moderno– regresa al final a casa confirmado, no obstante sus más absurdas y trágicas peripecias, en su propia identidad y habiendo encontrado o ratificado un sentido de la existencia; o bien si él ha descubierto solamente la imposibilidad de formarse, si se ha perdido a sí mismo y el significado de su vida por el camino, disgregándose en vez de construir su camino.

En la visión clásica el sujeto, aun perdido en la vorágine de las cosas, termina por encontrarse a sí mismo en la confrontación con esta vorágine; atravesando el mundo –viajando en el mundo– descubre su propia verdad, que al comienzo está en él sólo de forma potencial y latente, y que él traduce en realidad a través de la confrontación con el mundo. El héroe de Novalis viaja a lejanías espaciales y temporales, pero para llegar a casa, para encontrarse a sí mismo a través del viaje; en el *Principio Esperanza* Bloch dice que la *Heimat*, la patria, la casa natal que cada cual en su nostalgia cree ver en la infancia, se encuentra por el contrario en el fin del viaje. Éste es circular; se parte de casa, se atraviesa el mundo y se regresa a casa, aunque se regresa a una casa muy diferente de la dejada, porque ha adquirido significado gracias a la partida, a la escisión originaria. Ulises vuelve a Itaca, pero Itaca no sería tal si él no la hubiese abandonado para ir a la guerra de Troya, si él no hubiese roto los vínculos viscerales e inmediatos con ella, para poderla reencontrar después con mayor autenticidad.

El *Bildungsroman*, la novela de formación que se plantea un problema central de la modernidad, se pre-



gunta si, y cómo, el individuo puede realizar, o no, su propia personalidad insertándose en el engranaje cada vez más complejo y "prosaico" de la sociedad. Es casi siempre -desde el *Wilhelm Meister* de Goethe al *Enrique de Ofterdingen* de Novalis- también una novela de peregrinación, de viaje. Pero pronto algo, en la relación entre el individuo y la totalidad que le envuelve, se resquebraja; en la máquina cada vez más compleja de la sociedad moderna el viajar se vuelve también huída, un violento romper límites y vínculos. El viaje descubre no sólo la precariedad del mundo sino también la del viajero, la labilidad del yo individual, que comienza -como intuye con despiadada claridad Nietzsche- a disgregar su propia identidad y su propia unidad, a transformarse en otro hombre, "más allá del hombre", según el significado más auténtico del término *Übermensch*, que no indica un superhombre, un individuo tradicional más dotado que los demás, sino un nuevo estadio antropológico, más allá de la individualidad clásica.

El viaje se transforma entonces en un camino sin retorno. A la búsqueda de lo que no existe no puede y no debe haber retorno. Al viaje circular, tradicional, clásico, edípico, conservador de Joyce, cuyo Ulises vuelve a casa, se sucede el viaje rectilíneo, nietzscheano de los personajes de Musil, un viaje que procede siempre hacia delante, hacia un mal infinito, como una recta que avanza tambaleándose en la nada. *Itaca y más allá*, como dice el título de un libro que he escrito; las dos modalidades esenciales, trascendentales del viajar. En la segunda el sujeto, el yo, el viajero se lanza siempre hacia delante; no se lleva a sí mismo, todo él mismo, en su proceder sino que cada vez anula su completa identidad precedente y se lanza.

El yo de las páginas que siguen camina a veces, o más bien a menudo, sobre el borde de esa disolución; mira la estela de la vida desvanecerse tras él, pero es un guerrero que trata de resistir a la dispersión e intenta llevarse consigo -fiel a todo, no obstante todo- su vida entera, como una tortuga que viaja junto con su casa. Perdiéndose en el mundo y abandonándose al mundo se disgrega, pero también se reconoce y se reencuentra, como dice la parábola de Borges que elegí como epígrafe para mis *Microcosmos*: "Un hombre se propone la tarea de dibujar el mundo. A lo largo de los años, puebla un espacio con imágenes de provincias, de reinos, de montañas, de bahías, de naves, de islas, de peces, de habitaciones, de instrumentos, de astros, de caballos y de personas. Poco antes de morir, descubre que ese paciente laberinto de líneas traza la imagen de su cara".

4.- No hay viaje sin que se atraviesen fronteras políticas, lingüísticas, sociales, culturales, psicológicas, también aquellas invisibles que separan un barrio de otro en la misma ciudad o aquellas entre las personas, las tortuosas que en nuestros infiernos nos obstruyen el camino a nosotros mismos. Traspasar las fronteras; también amarlas -en cuanto definen una realidad, una individualidad, le dan forma salvándola así de lo indistinto- pero sin idolatrarlas, sin hacer de ellas ídolos que exigen sacrificios de sangre. Saberlas flexibles, provisionales y perecederas como un cuerpo humano y por tanto dignas de ser amadas; mortales, en el sentido de que están sujetas a la muerte, como los viajeros, no ocasión y causa de muerte como lo han sido y los son tantas veces.

Viajar no quiere decir solamente ir a la otra parte de la frontera, sino también descubrir siempre que se es también de la otra parte. En *Verde agua* Marisa

Madieri, recorriendo la historia del éxodo de los italianos del Fiume tras la Segunda Guerra Mundial en el momento de la revancha eslava que les obliga a irse, descubre los orígenes, también parcialmente esclavos de su familia; en ese momento vejada por los esclavos en cuanto italiana descubre por tanto que pertenece también a ese mundo por el que se siente amenazada, descubre ser y que es, al menos parcialmente, también el suyo. Cuando yo era niño e iba a pasear por el Carso, en Trieste, la frontera que veía, cerquisima, era intransitable -al menos hasta la ruptura entre Tito y Stalin y hasta la normalización de las relaciones entre Italia y Yugoslavia- porque era la Cortina de Hierro que dividía el mundo en dos. Tras aquella frontera estaban juntos lo desconocido y lo conocido. Lo desconocido, porque allí comenzaba el inaccesible, desconocido y amenazador imperio de Stalin, el mundo del Este, tan a menudo ignorado, temido y despreciado; lo conocido, porque aquellas tierras, anexionadas por Yugoslavia al final de la guerra, habían formado parte de Italia. Yo había estado allí muchas veces, eran un elemento de mi existencia.

Una misma realidad era, al mismo tiempo, misteriosa y familiar; cuando regresé por primera vez fue, contemporáneamente, un viaje a lo conocido y a lo desconocido. Cada viaje implica, más o menos, una experiencia similar; alguien o algo que parecía cercano y bien conocido se revela extranjero e indescifrable, o bien un individuo, un paisaje, una cultura que considerábamos diferentes y enemigos se muestran afines y parientes. A las gentes de una orilla las de la orilla opuesta les parecen a menudo bárbaras, peligrosas y llenas de prejuicios en comparación con las que viven en la otra ribera. Pero si uno pasea arriba y abajo por un puente, mezclándose

con las personas que transitan por él y van de una orilla a la otra hasta que ya no se sabe bien de qué parte o en qué país se está, reencuentra la benevolencia por uno mismo y por el placer del mundo. "¿Dónde está la frontera?", pregunta Saramago en el confín entre España y Portugal a los peces que, en el mismo río nadan, según salten a una ribera u otra, unas veces en el Duero y otras en el Douro.

5.- ¿Llamada de lo conocido o de lo desconocido? La salida de Don Quijote querría ser el descubrimiento, la verificación y la confirmación de lo que se sabe, de la verdad leída en los libros de caballería, de las leyes inmutables del amor y de la lealtad, de la belleza de Dulcinea y de la fuerza de los gigantes. También los judíos orientales que salen del ghetto o del *shtetl*, de su pueblo mísero pero familiar y regulado por el Libro, se aventuran hacia occidente, entran en la Historia pensando en encontrar siempre un mundo recto según las tablas de la Ley e interpretando cada cosa, incluso la más desconcertante y antitética a su visión, según los parámetros de la Ley.

Pero "al abierto llueve y nieva. Nieva historia", como dice Yakov Bok, el mísero chico para todo en busca de fortuna en *El hombre de Kiev* de Malamud. Don Quijote de la Mancha y el judeo-oriental se encuentran cara a cara con lo desconocido, con la violencia, la brutalidad y la vulgaridad de una realidad para ellos desconocida y que tratan de no admitir; pero precisamente su amorosa fidelidad a un orden conocido les obliga a percibir más agudamente el desorden del mundo en que se aventuran. El viajero es un anárquico conservador que descubre el caos del mundo porque lo mide con un metro absoluto que desvela su fragilidad, su provisionalidad, su ambigüedad y su miseria. Como bien



sabía Kafka, sin el sentido profundo de la ley no se puede descubrir su vertiginosa ausencia en la vida. Al salir de la cueva de Montesinos don Quijote cuenta todas las maravillas y las cosas mágicas que ha visto, pero cuando Sancho le objeta que según él se trata sólo de disparates, él responde: "También podría ser".

Utopía y desencanto. Muchas cosas caen cuando se viaja: certidumbres, valores, sentimientos, expectativas que se pierden por el camino. El camino es un duro maestro pero también bueno. Otras cosas, otros valores y sentimientos se hallan, se encuentran, se recogen por el camino. Al igual que viajar, escribir significa desmontar, reajustar, combinar; se viaja en la realidad como en un teatro en prosa, moviendo las quintas, abriendo nuevos paisajes, perdiéndose en callejones ciegos y bloqueándose frente a falsas puertas dibujadas en la pared.

La realidad, con frecuencia tan duramente impenetrable, de repente cede, se disgrega. El viajero, dice Cees Noteboom, siente "la pequeñas corrientes de las fisuras del edificio causal". Lo real se revela probabilista, indeterminista, sujeto a imprevistos colapsos que hacen desaparecer algunos de sus elementos, engullidos, aspirados por remolinos del espacio-tiempo, remolinos de la mortalidad de todas las cosas pero también del imprevisible resurgir de una nueva vida.

Viajar es una experiencia musiliana, confiada al sentido de las posibilidades más que al principio de la realidad. Se descubren, como en una excavación arqueológica, otros estratos de lo real, las posibilidades concretas que no se han realizado materialmente, pero que existían y sobrevivían en jirones olvidados por la carrera del tiempo en pasadizos todavía abiertos, en estados todavía fluctuantes. Viajar significa plantar cara a la

realidad pero también a sus alternativas, a sus vacíos; a la Historia y a otra historia o a otras historias por ella obstaculizadas y removidas, pero no canceladas del todo.

Desde *La Odisea* viaje y literatura aparecen estrechamente ligados; una análoga exploración, deconstrucción e identificación del mundo y del yo. La escritura continua el traslado, empaqueta y desempaqueta, ajusta, mueve los vacíos y los llenos, descubre -¿inventada?, ¿encuentra?- elementos que escapan al inventario e incluso a la percepción de lo real, casi como si los pusiese bajo una lente de ampliación. También mi viajero danubiano habla de fisuras cortantes como cuchillas en las quintas del teatro cotidiano, a través de las cuales espera que se filtre por lo menos un soplo o una pequeña brisa de la vida verdadera, oculta por la cortina de lo real. Trascendencia de todo viaje que también ahonda en la carne, en el polvo, en la inmediatez de la hora que desciende y que siempre frustra, poco o mucho, las esperas. Basta atravesar la carretera o el rellano para desmentir la orgullosa garantía asegurada hace años por el *Spiegel* en una sección titulada "Bestseller Service" que prometía hablar sólo de libros de éxito, de los que todos hablaban y esperaban que se hablase de ellos: "Las sorpresas quedan excluidas".

6.- El viaje en el espacio es al mismo tiempo un viaje en el tiempo y contra el tiempo. La complejidad estratificada y condensada de un lugar a veces emerge con violencia, como semillas que rompen la vaina. Nosotros somos tiempo condensado, dijo en cierta ocasión Marisa Madieri. No sólo un individuo, también un lugar es tiempo condensado, tiempo múltiple. No es sólo su presente sino también ese laberinto de tiempos y épocas diferentes que se entrelazan en un paisaje y lo

constituyen, como pliegues, arrugas, expresiones excavadas por la felicidad o por la melancolía que no sólo marcan un rostro, sino que *son* el rostro de esa persona que nunca tiene ya solamente la edad y el estado de ánimo de ese momento sino que es el conjunto de todas las edades y los estados de ánimo de su vida. Paisaje como rostro, el hombre en el paisaje como la ola en el mar; el paisaje -como en la poesía de Andrea Zanzotto- es estratificación de tierra y de historia. No es sólo naturaleza y arquitectura, golfos, bosques y casas, senderos de hierba y de piedra, sino también -y sobre todo- sociedad, personas, gestos, costumbres, prejuicios, pasiones, comida, banderas, fe. El bosque del viandante moderno es la ciudad, con sus desiertos y sus oasis, su coro y su soledad, sus rascacielos o sus mesones en la periferia, sus calles rectilíneas en fuga hacia el infinito. Paisaje es pasar; es también una andadura, como un estilo de la escritura. Cada cual atraviesa un lugar con su ritmo. Unos van erguidos, otros vacilantes. Una ciudad -una página- se recorre de mil modos: atento, lento, sincopado, apresurado, distraído, sintético, analítico, dispersivo.

El viaje-escritura es una arqueología del paisaje; el viajero -el escritor- desciende como un arqueólogo en los diferentes estratos de la realidad para leer también las señales escondidas bajo otras señales, para recoger el mayor número de existencias e historias posibles y salvarlas del río del tiempo, de la ola canceladora del olvido, casi construyendo una frágil arca de Noé de papel, si bien irónicamente consciente de su precariedad. El paisaje es también cementerio, osario convertido en abono y savia de vida, aquellos túmulos en Verdún que parecen colinas pero creadas por las bombas y por los muertos.

Moviéndose hacia delante y hacia atrás en el espacio, sin seguir recorridos obligados y confiándose a la digresión más que a la línea recta, el viajero, durante un breve instante, suspende el tiempo, lo tiene un poco en jaque como el malabarista que lanza y deja durante unos instantes suspendidos en el aire muchos bolos, aunque se sepa que, antes o después, se le caerán todos en la cabeza.

7.- Viajar es inmoral, decía Weininger viajando; es cruel, añade enfáticamente Canetti. Inmoral es la vanidad de la fuga, muy conocida por Horacio que advertía que no había que tratar de eludir los dolores y los afañes espoleando al caballo, porque la negra angustia, dice su verso, se sienta a la grupa tras el caballero que espera hacerle perder sus propias huellas. El yo fuerte, según el filósofo vienés, pronto desgajado de la convivencia con lo absoluto debe permanecer en casa, mirar a la cara a la angustia y a la desesperación sin querer ser distraído o aturdido, no desviar la mirada de la realidad y de su lucha; la metafísica es residente, no busca evasiones ni vacaciones. Quizás, a veces, el yo se queda en casa y el que viaja es su semblante, un simulacro semejante al de la Elena que, según una de las versiones del mito, había seguido a París hasta Troya mientras la verdadera Elena habría estado, durante todos los largos años de guerra, en Egipto.

Weininger denunciaba en el viaje la tentación de la irresponsabilidad; quien viaja es espectador, no está implicado a fondo en la realidad que atraviesa, no es culpable de las canalladas, de las infamias ni de las tragedias del país en el que se adentra. Él no ha hecho esas leyes injustas y no tiene que reprocharse el no haberlas combatido; si una noche el techo cae sobre él y no tiene la desgracia de quedar bajo los escombros, no debe



hacer otra cosa salvo coger su maleta y moverse algo más allá. En el viaje se está bien, porque aparte de alguna desgracia, terremoto o desastre aéreo realmente no puede ocurrirnos nada; no nos jugamos nuestra propia vida.

El viaje es también un benévolo aburrimiento, una protectora insignificancia. La aventura más arriesgada, difícil y seductora se desarrolla en casa, es allí donde se juega la vida, la capacidad o incapacidad de amar y de construir, de tener y dar felicidad, de crecer con valentía o paralizarse con el miedo; es allí donde nos la jugamos y corremos riesgos. La casa no es un idilio; es el espacio de la existencia concreta y, por tanto, expuesta al conflicto, al malentendido, al error, al abuso y a la escasez, al naufragio. Por eso es el lugar central de la vida, con su bien y su mal; el lugar de la pasión más fuerte, a veces devastadora -por la compañera y el compañero de nuestros días, por los hijos-, y la pasión compromete sin miramientos. Vagar por el mundo quiere decir también descansar de la intensidad doméstica, abandonarse a placenteros descansos caseros, dejarse llevar pasivamente -inmoralmente según Weininger- al fluir de las cosas.

Hay otra inmoralidad del viaje, la clausura frente a la diversidad del mundo. El viajero *mitteleuropeo*, centro-europeo, es fácilmente un Ulises en batín, como escribió Giorgio Bergamini; uno que querría navegar entre el sillón y la biblioteca, sobre el azul oceánico del atlas antes que sobre el de las olas; uno para el cual el infinito es el signo matemático del infinito. Quien viaja sobre el papel se desacostumbra imperceptiblemente a la vida y dirige sus pasiones al gráfico de la vida, a las curvas estadísticas de sus fenómenos; se convierte en un hombre sin atributos para el cual, escribe Musil, la verdura

enlatada se convierte en el verdadero sentido de la verdura fresca.

También cuando viaja por el mundo el viajero continúa dicha tendencia a abotonarse bien el gabán y a alzar el cuello, como poniendo una defensa entre él y las cosas. Por suerte también los viajeros danubianos aman el mar y quizás, como los de mi *Danubio*, atraviesan las grandes llanuras de Centroeuropa, la *Mittleeuropa*, bajo pesados cielos, sobre todo para alcanzar el mar. Sobre las orillas del mar "inexplicable", como lo llamaba Camões, es donde se encuentra el amplio aliento de la vida que se abre a las grandes preguntas sobre el destino y al sentido del bien y del mal; el mar te coloca frente a la ambigüedad, invita a desafiarla; sobre el mar inmortal, escribe Conrad, se conquista el perdón de las propias animas pecadoras. En el mar uno se desnuda, se quita las sofocantes defensas y se abre a lo que está delante. También ésta es la salvación del viajero, el cual, incluso sobre el empedrado de las ciudades o sobre las montañas, se siente sobre la tambaleante toldilla de una nave agitada por los golpes de mar, arca precaria y salvadora.

Crueldad del viaje, advierte Canetti: el viajero mira al mundo con curiosidad y, de alguna manera, es propenso a aceptar lo que ve, también el mal y la injusticia, a conocerlos y a comprenderlos más que a combatirlos y a rechazarlos. El viaje en los países totalitarios, por ejemplo, tiene siempre algo de culpable, de una complicidad o, por lo menos, de una neutralidad de hecho respecto a las violencias y las infamias ocultas tras los pueblos Potemkin que se atraviesan y donde se encuentra hospitalidad. Y sin embargo, poco a poco, el viajero descubre, se ve obligado a descubrir la fraternidad y el común destino del mundo, a sentir que el mundo ente-

ro es su casa y que sólo este sentimiento convierte en verdad su amor por la casa dejada en su país, que de lo contrario sería un espantoso y regresivo fetichismo.

Como para el vagabundo nada bueno de Eichendorff, amor por las lejanías y amor por el hogar coinciden, porque en aquel hogar se ama también el vasto mundo desconocido y en este último se recoge, incluso en las formas más diversas, la intimidad del hogar. Dante decía que bebiendo el agua del Arno había aprendido a amar fuertemente a Florencia, pero que nuestra patria es el mundo, como para los peces el mar; cada una de las dos aguas, por sí sola, es insuficiente y contaminada. Viajar enseña la inadaptación, a sentirse siempre extranjeros en la vida, incluso en la propia casa, pero ser extranjeros entre extranjeros es quizás el único modo de ser realmente hermanos. Por eso la meta del viaje son los hombres; no se va a España o a Alemania, sino entre españoles o entre alemanes.

8.- A veces los lugares hablan, a veces callan, tienen sus manifestaciones y sus clausuras. Como cualquier encuentro, también el de los lugares -y con quien vive en ellos- es aventurero, rico de promesas y de riesgos. Algunos lugares, Venecia o Praga, hablan también al viajero más distraído e ignorante con la evidencia misma de su aparición y de la vida que se desarrolla en ellos. Otros lugares se confían a la elocuencia indirecta, sólo seducen a quien los atraviesa conociendo lo que ha ocurrido entre aquellos árboles o en aquellas calles: la habitación en la que ha muerto Kafka, en Kierling, dice muchas cosas pero sólo a quien sabe que entre aquellas paredes vivió sus últimas horas Kafka y mira hasta las grietas en los muros bajo esa luz. Otros lugares se cierran en un opaco secreto y el encuentro fracasa; también el viaje, como cualquier aventura, está expuesto a

la derrota y a la esterilidad. Ello ocurre porque el viajero -por ignorancia, por soberbia o por apatía- no encuentra la clave para entrar en ese mundo, el vocabulario y la gramática para comprender aquella lengua y descifrar esa cultura. El *status viatoris* que el pensamiento religioso atribuye al hombre implica también esta fragilidad, esta alternancia de gloria y de caída, la capacidad de salvación unida a la exposición al fracaso y a la culpa.

Hay lugares que fascinan porque parecen radicalmente diferentes y otros que encantan porque, ya la primera vez, resultan familiares, casi un lugar natal. A menudo conocer es, platónicamente, reconocer; el resurgir de algo, quizás ignorado hasta aquel instante pero acogido como propio. Para ver un lugar hay que volverlo a ver. Lo conocido y lo familiar, continuamente redescubiertos y enriquecidos, son la premisa del encuentro, de la seducción y de la aventura; la vigésima o centésima vez que se habla con un amigo o se hace el amor con una persona amada son infinitamente más intensas que la primera. Esto vale también para los viajes; el viaje más fascinante es un regreso, como *La Odisea*, y los lugares del recorrido habitual, los microcosmos cotidianos atravesados durante tantos años, son un desafío ulisiaco. "¿Por qué cabalgáis por estas tierras?", pregunta en la famosa batalla de Rilke el alférez al marqués que avanza a su lado. "Para regresar", responde el otro.

9.- Los viajes recogidos en este libro han sido completados -vivos y escritos- entre 1981 y 2001. Por tanto muchas páginas tienen bastantes años y los muestran, como es justo; por lo demás, también un rostro tiene que mostrar su edad, si es posible llevarla bien y legítimamente aplacada en algún dolor, pero no misti-



ficada. Ponerse un diente en lugar del extraído es una cosa, un *lifting* con ambiciones de Dorian Gray es penoso. El sentido de nuestra vida es su aventura en el tiempo, en la historia; el florecer pero también el madurar y pasar de aquello que la Biblia llama "carne".

También una página tiene su edad y también de esta última extrae su significado; escribir antes o después de la Segunda Guerra Mundial no es la misma cosa. Incluso las páginas de la gran literatura que trascienden durante siglos o milenios su edad no la cancelan; muestran su fecha de nacimiento aunque, gracias a su grandeza, continúan mostrándola para siempre.

Las páginas de viaje están de por sí especialmente empapadas de esta temporalidad; están tejidas de caducidad porque son la narración y el retrato de un momento especial, de una realidad inmediatamente fugaz. Este libro -a diferencia de otros que he escrito reelaborando experiencias de viaje pero transformándolas, como *Microcosmos* o *Danubio*- está hecho de páginas ligadas al momento en el que se ha producido el viaje, en el que se ha atravesado una frontera o un Estado que quizás ya no existen, en el que se ha visto un gesto o una expresión sobre un rostro, se ha oído un grito. En *Danubio* o en *Microcosmos* el viaje, las personas y las cosas vistas, las historias recogidas por el camino son reinventadas o reelaboradas, se convierten en la historia de un personaje, en gran parte imaginario. Ya no pertenecen a aquel viaje; tienen otra medida, otro tiempo, mixto y complejo, el tiempo de la literatura que no coincide con el de la gramática y tampoco con el de la Historia.

El tiempo de las páginas que siguen es, por el contrario, aquél unívoco del momento en el que han sido vividas y escritas. El curso de los acontecimientos ocu-

rridos mientras tanto en ocasiones ha confirmado y otras ha desmentido sus impresiones, sus esperanzas, sus juicios, sus previsiones. Entre un capítulo y otro han ocurrido cambios radicales, de una época y personales. Hay viajes realizados antes y después de la caída del comunismo. Para mí, hay viajes por el mundo visto, también y sobre todo por los ojos de Marisa -la compañera de mi vida, mi mirada de las cosas- y viajes por el mundo tan profundamente cambiado, para mí, y mucho más difícil de captar tras su muerte. Si este libro consigue aferrar alguna imagen del mundo se lo debo a ella, pero también a otros, a mis hijos, a amigos y amigas, a personas amadas que lo han recorrido conmigo y me han enseñado y me enseñan a verlo.

Como el viaje, también su diario se mueve en el tiempo. Algunos capítulos berlineses fueron escritos cuando el Muro existía y parecía destinado a durar largo tiempo, otros después de su caída; algunos hablan de la Unión Soviética en presente o registran presagios o los crujidos de su derrumbe; otros permanecen atentos a alguna incertidumbre que en este tiempo ya se ha resuelto, como las páginas que recogen la atmósfera de Praga en los días en los que se preguntaban cuál sería el nombre -república Checoslovaca, checo-eslovaca o checa y eslovaca- de un estado que poco después resolvió el problema dejando de existir, o más bien, escindiéndose en dos Estados diferentes.

Creo que ésta es precisamente la contribución que las páginas de viaje pueden dar al conocimiento de la Historia, o sea, de nuestra vida, individual y colectiva. La historia no está hecha solamente de lo que ha ocurrido y ciertamente todavía menos de alternativas quiméricas y absurdas, pero también está hecha de posibilidades, como quiere Musil, de las potencialidades con-

cretamente latentes en una determinada situación; de lo que en un momento dado era o es posible. Las esperanzas de una generación en un preciso momento histórico forman parte de la historia de ese momento y, por tanto, también ellas han contribuido a hacer de nosotros lo que somos, a pesar de que hayan sido incumplidas o desmentidas por el curso de los acontecimientos. Ese guión que habría podido, o debido (o no debido, según otros) unir distinguiendo y distinguir uniendo a checos y eslovacos ya no existe -al menos por ahora- pero aquel momento en que simbolizó una meta posible es un momento real de la historia europea.

Así las páginas de las vísperas, durante el transcurso o al día siguiente de la disolución del mundo comunista pueden hacer comprender no tanto las opiniones y las esperanzas del viajero, que cuentan poco, cuanto la complejidad de lo real vivido en ese momento, el abanico de todas las fuerzas entonces en juego, incluso aquellas resultantes poco después -al menos provisionalmente- derrotadas. Sentir y tocar con la mano lo que, en una determinada situación, se consideraba posible o se auspiciaba -un desarrollo diferente de los acontecimientos- ayuda a comprender más ampliamente lo que ha ocurrido y que sólo puede ser comprendido si no se considera que, ya desde el comienzo, era necesariamente la única solución. Algunos capítulos, por ejemplo, se detienen en los nefastos nacionalismos y micronacionalismos que estallaron en aquellos años, cuando todavía estaban en un estadio de incierto fermento, cuando todavía no era inevitable que tuviesen que estallar en aquellas desgraciadas proporciones. La vida y la historia han seguido más allá de estas páginas, para bien y para mal; por poner un ejemplo, también Karlo Stajner -del que cuentan su prisión en el *gulag* estaliniano, su

indómita fidelidad a sus ideales y su increíble humanidad- ha tenido tiempo, después de nuestro encuentro, de conocer, venerable anciano, las vejaciones del régimen de Tadjman y, hasta el último de sus muchos días, otras formas de la dificultad de vivir.

El viajero permanece fiel también a las ocasiones frustradas y perdidas; no corrige ni el pasado ni a sí mismo *a posteriori*, a hecho pasado, sino que trata de llevar el mayor número de cosas -percepciones, realidades, hipótesis, proyectos- al futuro, igualmente precario y destinado a ser pronto superado como aquel pasado. El viaje es una realidad en indicativo, pero también en subjuntivo. Cada viaje, obviamente, tiene su medida, su ritmo, su paso y su respiración. Algunos vagabundeos más lentos y extendidos se abren a un múltiple tiempo épico que engloba también el pasado y se acercan -como los capítulos sobre los Cici o sobre los Bisiachi o el recorrido inicial quijotesco- a la partitura de *Microcosmos*. Por el contrario, otros capítulos se tiran de cabeza en la respiración breve del instante, en el flash de una experiencia inmediatamente concluida o desvanecida en sí misma. A veces estas páginas son también una cantera de materiales, experiencias y apariciones que más tarde serían reelaboradas y metabolizadas en textos narrativos. Ciertos motivos, episodios y figuras, a veces incluso la primera intuición o la idea central o generadora de un libro -de *Danubio*, de *Otro mar*, de *Microcosmos*, del *Conde*- nacieron de un punto de partida registrado en estas páginas, de una revelación, de un destino, ocurridos casi por casualidad y anotados en el cuaderno de viaje.

La literatura, se decía, es también un traslado. Los lugares, curiosamente, son algo diferentes, al menos en parte, de los que constituyen el paisaje principal de



otros libros míos, no de viaje; España y Escandinavia casi prevalecen sobre la *Mitteleuropa*. A veces es como si el viajero resurgiese del agujero negro de su propia personalidad y quedase casi sorprendido de la dirección en la que le llevan sus pasos, revelándosele patrias del corazón anteriormente desconocidas para él mismo. *Le voyage* -dijo un loco parisino- *pour connaître ma géographie.* |

Claudio Magris
Profesor de Literatura alemana
Universidad de Trieste, Italia

Traducción Pedro Luis Ladrón de Guevara Mellado